

menores, algunos de los cuales recogieron la antorcha del poeta y otros discurrieron por caminos diferentes: Justino Marín, más tarde Gabriel Sijé—Efrén Fenoll, Adolfo Lizón—tal vez el mismo que en 1940 escribiera un libro titulado *Brigada Internacional en España*, lleno de inexactitudes al tratar el tema de la intervención extranjera al lado del ejército republicano—Aguilar, Antonio Gilabert, Manolo Molina—que también biografió extensamente a Hernández. Todo ello desemboca en la primera desilusión de Miguel, al resultar exento para cumplir el servicio militar, situación que esperaba el poeta un poco para abandonar Orihuela y conocer nuevas gentes y un mucho tal vez para escapar del autoritarismo de su padre, que ve con buenos ojos poco de lo que hacía o intentaba el poeta como no fuera ejercer su oficio de pastor y labrador doméstico. Nos hallamos en el año de 1931, con su carga de acontecimientos políticos y sociales. Miguel Hernández, «animado por Augusto Pescador, quien, junto a Bellod y a José María Ballesteros, se pronunciaba por tal ideología», había aceptado la presidencia de las Juventudes Socialistas de Orihuela, dato que más tarde también se utilizará en su contra. Atrás habían quedado un mundo casi mítico del que había surgido el hombre puro que, con su viaje a Madrid, trataba de conquistar un lugar en el panorama culto español. Tercer capítulo: estancia en Madrid, con sus idas y venidas, amistades en la poesía, actividades diversas, recuerdo permanente de Orihuela y relación íntima con Josefina Manresa, a través del marco provinciano que les envuelve y de las dificultades que encarna la frecuente lejanía de ambos, muerte de Ramón Sijé... Todo ello enmarcado en unos años importantes pero patéticos, aventurados pero desencadenantes de varios compromisos: 1931-1935. Desfilan por las páginas una pléyade de nombres de nuestras letras que las circunstancias de la guerra había de llevar por cauces muy diversos: Giménez Caballero, Antonio Oliver, Carmen Conde, García Lorca, Azcoaga, Neruda, Alberti, Teresa León, Altoaguirre, Aleixandre, Serrano Plaja, Rosales... Hernández subsiste espiritual y materialmente gracias a todos ellos, unos dándole aliento y lecciones que él sabía recibir para utilidad de su lírica posterior, y otros, como José María de Cossío dándole un empleo «para colaborar en la enciclopedia *Los Toros*», de manera que quedan a cubierto sus necesidades esenciales. Es la época de una constante creación, animada por los diversos grupos que tenían a la poesía como centro de sus vidas, cuando no la convertían en arma para un compromiso social y político en el panorama nacional; así se añaden nuevos nombres a la lista de relaciones de Miguel: Vivanco, los Panero, Salinas, Bergamín, con quien ya antes había tenido contactos Hernández,

pues aquél había publicado trabajos suyos en la revista *Cruz y Raya*. Frente a *El Gallo Crisis*, la revista capitaneada por Ramón Sijé, ve la luz *Caballo Verde para la Poesía* de la mano de Altolaguirre y Neruda: en ambas por motivos personales colabora Miguel y ello supone un motivo de disgusto que iba a empañar la amistad de éste con Sijé, quien en carta de 29 de noviembre de 1935, muy poco antes de su muerte, le viene a reprochar el despego de los suyos y la militancia al lado de los de Madrid. Es con la muerte de Sijé, cuando el mundo de Hernández parece sumirse en una total «tristeza, pierde la noción del tiempo. Se resiste a creerlo. Razona, pero no valen razones». Han comenzado las muertes del poeta que se harán numerosas a lo largo de los restantes años que le quedan de existencia.

Utiliza María de Gracia Ifach documentos de muy primera mano, facilitados por los amigos y familiares de Miguel, sobre todo por su esposa y hermana Elvira, acudiendo a fuentes como las de las revistas de la época o a archivos privados como los poseídos por Concha Zardoya, Carmen Conde, Guerrero Zamora, Cano Ballesta, Carlos Rodríguez Spiteri, Luis Rodríguez, etc., así como su propia relación personal con el biografiado. A este respecto es francamente bello el relato de su primer encuentro con el poeta de Orihuela. Por otra parte, toda la obra, a partir de este cuarto capítulo que abarca los años 1936-1939, es desgarradora. Los acontecimientos se encadenan y llevan al protagonista por caminos dispares, siempre con el matiz común de su lejanía de la esposa, unas veces a causa del deber y otras por el calvario de cárceles que sucedería al término de la guerra, lo cual se relata en el capítulo quinto abarcando hasta la hora misma de la muerte del poeta.

Su participación en la guerra civil española fue todo lo intensa que podría ser la de un hombre al que las circunstancias empujan a ver en el pueblo el protagonista de la historia. Los ideales que se respiran en Madrid en julio de 1936 son muy diferentes de los que pueden tener una clase media provinciana. Miguel se convierte en miliciano, al tiempo que se reúne a «diario en la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura», su primer destino consiste en abrir zanjas y construir parapetos. Ello le provoca una «infección intestinal por lo mal que comen y por el agua impura que beben». Tras su recuperación es nombrado Comisario de Cultura, ello le lleva a viajar por los frentes, a escribir *Teatro en la guerra*, a participar en el II Congreso Internacional de Intelectuales en Defensa de la Cultura, en Madrid y Valencia, y a asistir al V Festival de Teatro Soviético, al tiempo que aparecen sus poemas de *Viento del pueblo* y otros de tema semejante. Con anterioridad ha contraído matrimonio,

separándose de su esposa cuarenta días después por fallecer la madre de ésta. También ha asistido a la noticia de la muerte de García Lorca, esa muerte que decía hace poco un ex ministro: «hay que aclarar». Ve la luz en Valencia *El labrador de más aire*. Con una corta diferencia de tiempo, nace y muere el primer hijo del poeta, Manuel Ramón. El poeta compone los versos de «El hombre acecha», como un canto al dolor de unos hombres que se debaten en una guerra fratricida. Dedicado a Neruda, a cuya hija Malva Marina tanto quería el de Orihuela, viene a decirle: «Pablo, un rosal sombrío viene y se cierne sobre mí...» Una alegría en medio de las borrascas: nace el segundo hijo, Manuel Miguel. Pero en seguida se precipitan los acontecimientos. Los amigos han salido de España, Antonio Machado muere camino del exilio, la guerra acaba con un irremediable *vae victis*.

Las dos primeras detenciones de Miguel Hernández, lo fueron por motivos casi intrascendentes. La tercera tiene un móvil más peligroso: la política, una política de vencedores y vencidos va a imprimir nuevas penalidades al poeta hasta llevarle a la definitiva que le apartará de este mundo. Detenido en una huida casi impremeditada es devuelto por las autoridades portuguesas y comienza su recorrido por las cárceles de la nueva España. Mientras tanto se conserva el amor a los suyos, lo que se expresa en versos impresionantes por el valor que encierran, en los cuales el poeta, despreciando su propia miseria, trata de mitigar la de los seres queridos: así nacerán «Las Nanas de la cebolla», «Cancionero y romancero de ausencias» y otros versos menores. Surge la gran amistad, que perduraría mucho después, con Luis Rodríguez, en la prisión celular de Torrijos—quiero entender que de Torrijos, 65, hoy calle del Conde de Peñalver—hasta su libertad provisional, que hubiera sido más prolongada si Hernández no hubiera deseado con todas sus fuerzas permanecer en Orihuela, donde pesaban cargos importantes contra él, cargos como los de ser «poeta de la revolución y Comisario de Cultura», con lo cual lógicamente vuelve a la cárcel. Orihuela. Prisión del Conde de Toreno, donde conoce a Buero Vallejo. Palencia. Ocaña. Alicante. Entre tanto han estado vigentes los amigos. Por ello ha contado Josefina con las ayudas de Aleixandre, Carlos Rodríguez Spiteri, Germán Vergara—Consejero de la Embajada de Chile, obra de Neruda—, etc. Y las condenas que recayeron sobre Hernández. Pena capital. Treinta años después. Todo ello dará lugar a que enfermedades diversas que no habían sido bien cuidadas se complicaran con tifus, que degeneraría en tuberculosis. Las penalidades de su esposa se hacen casi insalvables. Formalizan su matrimonio por la Iglesia. Se precipitan los acontecimientos. A punto de ser trasladado al Sanatorio Antituberculoso de Porta-Coeli

(Valencia), el poeta empeora y el 28 de marzo de 1942 fallece, exclamando: «Ay, hija, Josefina, qué desgraciada eres.»

Esta es poco más o menos la biografía que sobre Miguel Hernández ha escrito María de Gracia Ifach, el relato más completo de la dramática vida del poeta oriolano, *dejado morir* después de la guerra civil.—MANUEL QUIROGA CLERIGO (*Ciudad Puerta de Sierra II. Gredos, 4, 3.º A. MAJADAHONDA, MADRID*).

FRANCISCO MORALES PADRON: *Visión de Sevilla*. Publicaciones de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Sevilla, 1975, 150 páginas.

Definir a Sevilla es difícil; yo diría que casi imposible; ni Manuel Machado lo consiguió en su magistral poema andaluz. Sevilla es una ciudad compleja, envuelta de sensualismo, aristocracia, armonía y estética... y de *gracia*, de esa gracia espiritual que enajenó al lírico divagador José María Izquierdo; de esa *emotividad moderna* que subyugó a Chaves y Nogales o de esa *esbeltez*—delicada y profunda esbeltez—, que impresionó a Miguel Hernández, cuando escribió en su *Visión de Sevilla* estos irregulares pero impresionantes tercetos:

*¿Quién te verá, ciudad de manzanilla,
amorosa ciudad, la ciudad más esbelta,
que encima de una torre llevas puesto: Sevilla?*

Sevilla es una ciudad única, recóndita, misteriosa; es la ciudad de Murillo y de Mañara, de Arguijo y de Cervantes, la mística de Santa Teresa y la sensual y babilónica de Lope, la romántica evocada por Bécquer y la pasional de García Lorca... Sevilla es la ciudad de los contrastes...

Por eso Morales Padrón, amparándose en los acertados versos de Miguel Hernández, ha escrito su magistral *Visión de Sevilla*, de esa ciudad antagónica que va desde el imperial siglo XVI—el Siglo de Oro—, a la Sevilla romántica, evocadora del XIX, la Sevilla decimonónica, la Sevilla del vapor y del buen tono, como la denominó el poeta Luis Montoto, hasta la Sevilla contemporánea, ciudad popular y realista, ciudad del siglo XX, que, a pesar de sus virtudes y defectos, quiere volver la vista hacia atrás y vivir—gloriarse—de ese pasado esplendoroso de que gozó en las pasadas centurias. ¡Sevilla es así, no le pidamos más!